



- [Inicio](#)
- [Tienda](#)
- [Suscripciones](#)
- [Quienes somos](#)
- [Colaboradores](#)
- [Contacta](#)
- [Documentos](#)
- [Especiales Web](#)
- [Noticias digitales](#)
- [Números anteriores](#)



- [Sumario](#)
- [En portada](#)
  - [575 euros para pasar el mes](#)
- [La foto](#)
- [Criterios](#)
- [Cartas](#)
- [Ver, oír y contarlo](#)
  - [Ver, oír y contarlo](#)
  - [Contrapunto](#)
- [Aquí y ahora](#)
  - [La Universidad, ante la rueda de la violencia](#)
  - [Los mayores, un regalo de Dios](#)
  - [Nacida el 13 de mayo](#)
  - [Claro referente de vida](#)
  - [El cardenal arzobispo de Madrid](#)
  - [Evangelio](#)
- [Testimonio](#)
- [Día del Señor](#)
  - [Evangelio](#)
  - [Esto ha dicho el Concilio](#)
- [Raíces](#)
- [España](#)
  - [¡Despierta y mueve el mundo!](#)
  - [Y la sentencia EpC será...](#)
- [Mundo](#)
  - [Congo, suma y sigue](#)
  - [Histórica cumbre católico-islámica](#)
  - [Habla el Papa](#)

- [La vida](#)
  - [Nombres](#)
  - [Noticias](#)
  - [Libros](#)
  - [La vida](#)
- [Desde la fe](#)
  - [PequeAlfa](#)
  - [Respete la vida](#)
  - [La píldora, contra el hombre](#)
  - [Cine](#)
  - [Libros](#)
  - [Punto de vista](#)
  - [Gentes](#)
  - [Televisión](#)
  - [Progración TMT y POPULAR TV \(del 6 al 12 de noviembre de 2008\)](#)
  - [Con ojos de mujer](#)
  - [No es verdad](#)
- [Contraportada](#)

Alfa y Omega > N° 614 / 6-XI-2008 > **Aquí y ahora**



Con la gentileza de

Nuevo atentado contra la Universidad de Navarra

La Universidad, ante la rueda de la violencia

«El pasado jueves pude sentir de cerca la potente onda expansiva que provocó el atentado terrorista en la Universidad de Navarra. Los cristales de mi despacho saltaron hechos trizas. Era la sexta vez que pasaba por una experiencia semejante. El miedo superficial se atempera, porque a todo se acostumbra uno. Pero la indignación crece, porque la brutalidad de la violencia se hace cada vez más notoria. Y uno se pregunta: ¿por qué? y ¿hasta cuándo?» Lo cuenta el profesor Alejandro Llano, de esa Universidad



Imagen del Campus de la Universidad de Navarra, momentos después del atentado

Uno se pregunta: ¿por qué? y ¿hasta cuándo? Pero ni siquiera la irracionalidad más absurda y agresiva es capaz de quitarle a un cristiano la paz que lleva dentro. Con inevitable nerviosismo y no poca la rabia, lo más notorio de estos días pamploneses entre estudiantes, empleados y profesores ha sido la serenidad de fondo, el agradecimiento a Dios por la ausencia de víctimas mortales, y la fuerte convicción de que la rueda de la violencia no puede nada contra la fuerza del

espíritu.

Algunos se asombran de que una de nuestras primeras reacciones sea la de perdonar a los agresores. Eso es lo que yo aprendí de pequeño y procuro vivir siempre: los cristianos perdonamos. Y, por lo tanto, olvidamos. Quien dice *perdono, pero no olvido*, es que no perdona. Claro que la mansedumbre cristiana no implica ingenuidad ni una habitación en el limbo. Vivo desde hace más de treinta años en esta tierra navarra, que ya es la mía, y sé bien de qué va la cosa. ¿Por qué -se preguntan algunos- esa fijación de ETA con la Universidad de Navarra? Lo primero a tener en cuenta es que la sinrazón pura y dura no admite razones. Tratar de explicar lógicamente los motivos de los terroristas es tiempo perdido. Tienen, si acaso, una lógica perversa, que no responde ni al modelo aristotélico ni al de la moderna lógica simbólica; ni siquiera a la dialéctica marxista, porque esa matriz ideológica originaria les resulta demasiado compleja y ya no la entienden.

En cualquier caso, la mediocridad cruel y empecinada no tolera esa excelencia a la que aspira la libre búsqueda de la verdad. La Universidad de Navarra es una auténtica Universidad. Con lo cual no digo una perogrullada, porque -en momentos en los que la enseñanza superior deriva hacia el pragmatismo y la infantilidad- son pocas las instituciones que mantienen vivos los ideales universitarios. No todos valoran la fecundidad de una vida dedicada a la búsqueda del conocimiento y a la ayuda a los demás, especialmente a los más débiles. Y tal rechazo de la apertura al horizonte universal del saber se agudiza hasta el paroxismo en el caso de las mentalidades nacionalistas cerradas y en el de actitudes tan fanáticas como para creer que el asesinato de personas inocentes puede ser un camino hacia el logro de algún bien.

En sus cerca de sesenta años de existencia, la Universidad de Navarra ha realizado un servicio extraordinariamente importante a la Comunidad Foral. Economistas y sociólogos han medido esta contribución al progreso y bienestar del Antiguo Reino. Y las cifras resultantes causan verdadera impresión. Codo a codo con todas las instituciones privadas y públicas, la Universidad de Navarra ha contribuido a que esta región, cuya calidad humana viene de una tradición de siglos, esté a la cabeza de las Autonomías españolas en muchos aspectos, y especialmente en educación, sanidad, preparación tecnológica y cultura humanística. Parece congruente -aunque sea irracional- que esto no les guste a quienes pretenden disolver la personalidad de Navarra en constructos artificiales que sólo se basan en ideologías radicalizadas.



Al día siguiente del atentado, volvió la normalidad y se reanudaron las clases...

Eso sí, bajo la mirada de las cámaras de televisión

A esto se añade que la Universidad de Navarra destaca en las clasificaciones internacionales que ponderan la calidad docente e investigadora. Es la universidad española más internacional en cuanto a la procedencia de alumnos y profesores. Y en ella se defiende sin fisuras la libertad intelectual y política de todos sus miembros. Lo cual no se logra a pesar de su seria inspiración cristiana, sino precisamente por ella. El cristianismo es la religión de la libertad. Y ya Tocqueville advirtió que el catolicismo es especialmente receptivo a la asimilación de la democracia.

Mi colega Rafael Domingo ha recordado que el ataque terrorista se ha producido en el mismo

lugar en el que san Josemaría Escrivá, Fundador de la Universidad de Navarra, pronunció su homilía sobre el amor apasionado de los cristianos al mundo, que es un bello canto a la libertad y al pluralismo.

En momentos delicados tanto política como económicamente, necesita nuestro país apostar decididamente por planteamientos que sitúen en primer lugar el valor del conocimiento, y hagan realidad el convencimiento democrático de que el diálogo es el único camino para asegurar una convivencia creativa. Los ancestrales espectros de la violencia y la intolerancia parecen campar de nuevo sobre los páramos de España. Algunos están decididos a marginar a quienes pretenden pensar por cuenta propia y, especialmente, vivir su cristianismo con libertad. Ante ellos, no cabe agachar resignadamente la cabeza. Tampoco se trata, en modo alguno, de oponer a la violencia otra violencia de signo opuesto. La violencia es siempre indeseable. Se trata de fomentar una cultura innovadora y de descubrir caminos para trabajar solidariamente. Apasionante reto para los universitarios cristianos.

### **Alejandro Llano**

catedrático de Metafísica

Con la UNAV

Pocas horas después del atentado, el arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, monseñor Francisco Pérez, difundía una nota, en la que decía: «El primer sentimiento que se levanta en mi corazón es el de una gran compasión y solidaridad con los heridos. Compasión que quiere decir oración por ellos y afecto y apoyo para los familiares, compañeros y amigos de los afectados. Quiero también manifestar mi especial cercanía de obispo y pastor con toda la comunidad educativa de la Universidad de Navarra, encabezada por su Gran Canciller y por su Rector. Me siento muy unido a todos los que en ella trabajan o estudian. En nombre de Dios, en nombre de los sentimientos más nobles y más profundos que alientan en los corazones de los cristianos y de todas las personas rectas y sensatas, tenemos que condenar absolutamente estas atrocidades... El buen Dios de la paz, la presencia de Jesucristo, Príncipe de la paz, la acción santificadora del Espíritu Santo nos ayuden a estar a la altura de las circunstancias, a cumplir cada uno nuestras obligaciones y a luchar juntos, con las armas de la justicia y de la convivencia civilizada, contra esta amenaza del terror».

Otros obispos se sumaron a la condena. El cardenal García-Gasco, arzobispo de Valencia, rechazó «sin paliativos ni ambigüedades el entorno de los violentos y la cultura que lo promueve, apoya, justifica o comprende», que deben vencerse «con la rectitud moral de la justicia y de la solidaridad con las víctimas inocentes». También hicieron pública su cercanía a esta universidad el arzobispo de Tarragona, monseñor Pujol (que durante 30 años ejerció allí la docencia), el cardenal arzobispo de Barcelona, don Luis Martínez Sistach, y el de Sevilla, don Carlos Amigo. Por otra parte, la Fraternidad Comunión y Liberación resaltó que «no es casual que la Universidad de Navarra, obra eclesial y emblema de una razón abierta a todos los ámbitos del saber, haya sido atacada en seis ocasiones por los terroristas».

Universidades católicas de toda España celebraron concentraciones de repulsa y momentos de oración.

Siete minutos grabados a fuego

«Tienes siete minutos para airearte un poco». Perfecto. Siete minutos son muy poco tiempo, pero me permitirían enviar un *sms*, antes de volver a las prácticas de radio. Y eso fue lo que me propuse hacer. No había terminado de escribir la primera línea, cuando una explosión me sobresaltó. Aún no sabía que aquel estruendo iba a ser el prólogo de siete minutos que se han quedado grabados a fuego en mi memoria. Las gruesas cristalerías de la Facultad de Comunicación temblaron como la gelatina. Unos segundos después, todos pudimos ver cómo una nube de humo, rápida y densa, subía hacia el cielo. Nadie gritó, aunque cincuenta personas se quedaron paralizadas en el pasillo, con el corazón encogido por el miedo y la incertidumbre. El bedel abrió las puertas del edificio

para que todo el mundo pudiera salir más fácilmente. Y comenzó la carrera. Yo me dirigí con prisa hacia el lugar del atentado, un aparcamiento que se encuentra a unos 200 metros de distancia. Mientras corría, una única pregunta latía en mi cabeza: «Dios, ¿con qué me voy a encontrar?» Las sirenas y el humo empezaban a envolver todo el paisaje. En la entrada de la Biblioteca, junto al lugar de la explosión, profesores, alumnos, bedeles y secretarias se llevaban las manos a la cabeza mientras veían cómo el fuego crecía y crecía en el aparcamiento. Las llamas devoraban los coches y los árboles. Nadie sabía aún si había muertos o heridos. Algunos lloraban, otros mantenían la calma. Alfredo, uno de mis profesores, fumaba con el semblante más serio que he visto nunca. El suelo estaba lleno de cristales. Saqué mi cámara de fotos para tomar algunas imágenes. Aún tenía en la mano el teléfono con mi mensaje inacabado. Mientras enfocaba las llamas, marqué un número en el móvil: *Papá*. «Lo acabo de oír por la radio», me dijo. «Estoy bien -le tranquilicé-. Cuelgo, que tengo poca batería. Besos». Miré a mi alrededor y vi a Markel, compañero de clase desde hace cinco años. Lo había dejado en la cafetería, poco antes de que empezasen los nefastos siete minutos. Su rostro sereno me devolvió la mirada. «Ramón estaba en el aula 18», me explicó Markel mientras me abrazaba. «¡Mierda!» Las ventanas del aula 18 apenas se distinguían entre las llamas. Marqué el número de mi madre, pero las líneas estaban saturadas. «Parece que sólo hay heridos leves», anunció alguien con cierto alivio. «No han dado el aviso», comentó otra persona. «Dicen que han puesto otra bomba en Ciencias», añadió un tercero. La policía nos pidió que evacuáramos la zona. Empecé a caminar y encontré a Bea, mi amiga y compañera de piso: «¿Dónde estabas?» Era la misma pregunta que se hacían muchas otras personas. Maite se chocó conmigo, todavía aturdida, pálida: «¡Estaba al lado, estaba al lado y me he quedado sorda!» Más abrazos. «Anda Maite, dame un cigarro», le dije, a pesar de que me había propuesto no fumar en todo el día. Sólo entonces caí en la cuenta de que llovía, y de que estaba tiritando de frío, de miedo, de nervios, de ira y de impotencia. Mientras abandonábamos el campus, Bea y yo sólo pensábamos en llegar a casa, ponernos ropa seca y volver. Así lo hicimos: estuvimos toda la mañana en nuestro sitio, en nuestra Universidad. Ahora sabemos que realmente nunca podremos marcharnos, ni olvidar aquellos siete minutos que nos han dejado a todos más vivos que nunca.

**Teresa Villaverde**

alumna de 5º de Filosofía y Periodismo  
NÚMERO 852 / 24X-2013



[Descargar el número en PDF](#)  
Especial web JMJ



PUBLICIDAD



CEU

RECOMENDACIONES



ALFA Y OMEGA

**Colabora**  
¿De verdad quiere  
usted un semanario  
católico?



© 2006. Alfa y Omega, Semanario católico de información. Fundación San Agustín, Arzobispado de Madrid